

— Ya lo creo que se prolonga, señor General, contestó Forey levantándose.

Era Forey un soldadote con estatura de tambor mayor. Tenía la cara roja, congestionada y llena de una erupción menuda; los ojos chicos y de mirada bonachona, el cabello rubio, escaso y bien peinado, la nariz rabona y picaresca, y la quijada inferior con un gran prognatismo que hacía aparecer al General todavía más perseverante y testarudo de lo que era. Para los mexicanos, Forey no pasó de ser un *troupier* sin más hidalguía que la que dan el trato franco y la vida libre del soldado; los franceses le pintan como un alma buena, generosa y honrada, que ocultaba sus bellas cualidades bajo un exterior grosero é inculto.

— ¿Y para qué quiere armisticio el general Ortega?

— Señor, como la situación, aunque soportable, empieza ya á ser difícil, querríamos darle solución á un problema que en la actualidad no tiene salida.

Luego que Lalanne concluyó de traducir lo que decía Mendoza, el francés exclamó dando un paseo á lo largo del cuarto:

— ¡Qué soportable ha de ser la situación! (y empezó á manotear con brusquedad); no hay en Puebla un grano de maíz, no hay un trozo de carne, no hay un quintal de pólvora!... Se mueren ustedes de hambre, se acaban, se destruyen... ¿A qué conduce esta necia terquedad? El ejército mexicano ha demostrado que es valiente, que se respeta,

que conoce y cumple sus obligaciones... ¿Qué más desea? Ha salvado su honor, ha detenido (y puede envanecerse de ello) á un ejército que sus enemigos llaman el primero del mundo, ha hecho prodigios de valor... Las plazas modernas no resisten por más de treinta días; ya han quedado relegadas á la historia las heroicas locuras de sitios sostenidos meses enteros...

Iba Miguel explicando lo que el General decía, y Mendoza estaba sin habla y sin movimiento, recapacitando sobre aquellas cosas que era menester contestar discretamente. En su paseo se había acercado Forey al hueco de la ventana desde donde miraba Togno el aspecto del campamento francés y de *Puebla la arrogante*, por cierto entonces muy alicaída.

— Y bien, exclamó sacudiendo por un brazo al Comandante, ¿qué pretende el general Ortega? Que exponga sus condiciones, que diga en qué forma pretende salir; yo le concederé todo lo que desee, porque tengo facultades para ello y porque para valientes como los de Puebla no hay cosa que pueda parecer exorbitante.

— El general Ortega desearía, dijo serenamente Mendoza, salir de Puebla con tambor batiente, bandera desplegada, armas listas, mecha encendida y la provisión de cartuchos que se acostumbra por plaza. Solicita, además, que no se le persiga durante dos jornadas en su camino hasta la capital de la República.

— ¡Oh! todo concederé al general Ortega menos el que las tropas que manda queden en actitud de continuar la guerra contra Francia; porque esto no importará otra cosa que cambiar de posiciones los ejércitos beligerantes, pues estoy seguro de que antes de diez días tendría de nuevo en batalla contra mis tropas, al ejército que tanta guerra me ha dado defendiendo los muros de esta ciudad. Dígale por lo mismo al general Ortega, que si pretende algo, me lo proponga para entendernos, y que lo que puedo concederle, además de los honores militares, muy justos y merecidos, de que usted me habla, será que permanezca neutral el ejército que manda, mientras termina la cuestión que hay pendiente entre la Francia y don Benito Juárez, pero que aun para esto necesito oír la opinión de mis generales, á cuya deliberación sujetaré las proposiciones que me haga el señor Ortega.

— En ese caso, insinuó Mendoza, preferiríamos no aceptar nada y romper nuestras armas.

El Jefe de Estado mayor había permanecido hecho una etcétera, sentado en una silla de campaña; pero al oír lo que decían los interlocutores, les interrumpió bruscamente:

— El general Ortega debe estar seguro, si pretende una capitulación, de que se concederá á los defensores de la plaza todos los honores y todas las garantías que merecen; de lo contrario, debe estarlo también de que los pri-

sioneros que hagamos en la plaza, cuando ésta caiga en nuestro poder, caso de que sus defensores rompan su armamento, como usted lo acaba de indicar, quedarán sin garantía alguna y en consecuencia serán deportados á la Martinica.

Forey dejó el paseo agitado y nervioso, y parándose en firme frente al coronel d'Auvergne, le dijo enojado:

— Yo deporto á la Martinica á los ladrones y á los bandidos; no á oficiales valientes como los que defienden á Puebla.

Seguro el Cuartel maestro de que era aquella la última palabra de los sitiadores, no volvió á proferir ninguna que se relacionara de cerca ni de lejos con el negocio de la rendición. Forey, queriendo compensar á los vencidos algunas de sus brusquedades, les invitó á ver el panorama de Puebla para hacerles conocer la hermosura del paisaje. Todos comprendieron que trataba de poner de resalto el estado floreciente de sus tropas, bien comidas y provistas de todo, y el de las mexicanas, punto menos que muertas de hambre. El contraste no podía ser más claro: á la izquierda estaban escalonados campamentos con tiendas variopintas y hombres que reposaban tranquilamente á la sombra de los árboles ó de las cercas; un soldado aderezaba un caballo en la falda de un cerro, canturreando alguna tonadilla militar; en frente, en la altura de la Penitenciaría, brillaban unos cañones como si fueran de

plata repujada; poco más á la izquierda caminaban muchos carros cargados con sacos al parecer de harina, y á lo lejos se veían grupos que marchaban al son de una corneta; la charanga de un cuerpo mandaba notas que unas veces se ahogaban en el aire diáfano y sereno y otras subían en bandadas hasta la altura. En Puebla, en cambio, no se veían sino casas quemadas, manzanas derribadas, calles llenas de estorbos, tristeza, soledad, aislamiento...

— ¿Y sabéis, señor General, dijo Forey, que estuve á punto de ser víctima de una de las primeras balas que se dispararon durante el sitio?

— ¿De veras, señor General?

— Sí; apenas habíamos llegado, cuando he aquí que oigo un gran ruido en el puesto del tercero de cazadores de á pie, que es mi guardia personal... Ocurro á ver qué pasa, y me informan que ha caído una granada en un grupo de soldados, lastimando á varios; vuelvo á mi cuarto, y al atravesar el patio, nuevo estallido cerca de allí; paso y me encuentro deshecho el catre de campaña en que reposaba hacía un instante: la bala había entrado por la ventana y me habría muerto si no hubiera salido á tiempo.

— ¡Cuánto siento, señor, exclamó Lalanne, que se haya disparado cuando ya os habíais levantado!...

Rió Forey, celebrando la habilidad del artillero, y despidió á sus huéspedes suplicándoles le informaran de la

resolución de Ortega. Los muchachos bajaron tristes y meditabundos; Mendoza regresaba dejando en el cerro de San Juan todas las esperanzas que había traído, y llevándose un par de botas que Forey le había prestado para que se mudara las suyas empapadas y llenas de fango.

Media noche era por filo cuando Pancho sintió que le movían despertándole de su tranquilo sueño.

— ¡Arriba, Capitán, que el General quiere hablarnos; ya están todos listos!

Frotóse los ojos el de los Olivos, y en un momento se trasladó á la cuadra donde se paseaba el general Díaz; la oficialidad llegaba sorprendida, sin figurarse que pudiera haber otra novedad que la de batirse. Cuando Porfirio consideró que la gente estaba ya reunida, le habló así, poco más ó menos:

— Amigos, no tengo para qué decirles que estoy contento de todos ustedes; no hay entre los míos un cobarde, y si lo hubiera habido no existiría, porque ustedes habrían dado cuenta de él. Ustedes me han seguido voluntariamente, y para obedecerme no han tenido más motivo que el saber que yo no les robaba su sueldo, porque el prest del soldado es santo para mí, y porque me exponía como el último de ustedes á las balas y al peligro...

El General se limpió una lágrima y continuó:

— Me han acompañado en esta serie de acciones que les levanta entre todos los valientes; han sido leales, abnega-

dos, firmes, sufridos y, sobre todo, patriotas; muchas gracias, amigos míos... Ahora, esto se acaba, esto concluye; la plaza se entrega sin pedir garantías, sin solicitar nada del vencedor... Romperemos nuestras armas, inutilizaremos nuestros cañones, y nos pondremos en poder de los franceses para que nos pasen á cuchillo... Esto se ha resuelto... Si yo fuera el Jefe, pueden estar seguros de que intentaría algo y que no me entregaría con mis valientes oaxaqueños sino después de realizar un pacto con la muerte ó con la victoria; pero yo no mando, sino que obedezco y hago lo que está ordenado...

— Valía la pena de intentar algo, dijo González.

— Sí, señor, vamos intentándolo, gimió Miguel destacándose del grupo que mal iluminaba el velón de sebo.

— No, no hay que intentar nada, repuso Porfirio con la voz velada; no hay que intentar; nuestra gloria no debe consistir en procurar salir, sino en someternos entera é incondicionalmente... Somos, en este caso, igualmente subalternos ustedes y yo... A entregarnos, pues...

Iban á salir los cuitados oficiales cuando Porfirio alzó la mano.

— Todavía no, dijo; como tenemos que constituirnos prisioneros y el enemigo puede obrar con nosotros conforme á su antojo, yo quiero que cada uno de ustedes me dé un abrazo; será el único pago que á su conducta pueda darles su Jefe que nada tiene...

Llorando los más, acercáronse todos al Jefe y le abrazaron llenos de ternura; cuando Pancho llegó, Porfirio le dijo con la voz mojada en lágrimas y llevándole aparte:

— No daremos palabra; quedaremos en libertad de



hacer lo que nos plazca... Yo me fugo; ¿quiere venirse conmigo?

— ¡Señor!... exclamó el muchacho llorando á moco y baba.

— Pues cálese y procure estar cerca de mí.

— Muy bien, mi General.

Todavía no apuntaba el alba, cuando Pancho salió del corredor y vió que dos soldados llegaban con grandes cubos de agua.

— Toda, toda la pólvora; sólo deben quedar cargas triples para las piezas, ordenó el capitán Castañeda.

Los soldados echaron el agua en los sacos de pólvora y á poco se empezaron á oír truenos sofocados: eran los cañones que reventaban ó se hendían al impulso de la triple carga y sujetos por un perno de hierro en la boca. Un cañoncito de montaña trepó por los aires y cayó al suelo hecho pedazos; los obuses saltaban como animales descabezados; rodaban por el patio, se levantaban, danzaban, hacían corvetas como potros jóvenes, y al fin arrojaban su carga sin llegar á romperse.

Sentía Pancho como si con aquellos truenos se hendiera también su propia alma y se compadecía de las máquinas obedientes que tanto habían servido en sus días malos y que se dejaba abandonadas, rotas y sin empleo, en poder del enemigo aborrecido.

Mas algo hubo que afligió aún más al Capitán, y fué el oír cómo se rompían en las piedras de las calles, en los arcos de los corredores, en todas partes, los fusiles que habían ayudado á la defensa. Saltaban las astillas de las cajas, las piezas del gatillo volaban por los aires, las baquetas se dejaban esparcidas por el suelo, los cañones se echaban á los pozos y á las letrinas. Pero no era el ins-

tinto de destrucción el que guiaba á aquellos obreros de una labor espantosa; muchísimos soldados lloraban, muchos trataban de esconder ó de enterrar sus fusiles y otros se alejaban sencillamente sin cumplir la orden.

Cuando se trató de las banderas, Porfirio reflexionó:

— La orden es quemarlas, dijo; pero no me atrevo. Dejémoslas en lugar seguro, y si algún día Puebla es nuestra ó volvemos á Puebla por cualquier motivo, podremos sacarlas y servirnos de ellas para alentar nuestro valor y el de nuestros soldados.

Se quitaron las astas, se guardaron los lienzos dentro de las fundas, se envolvió todo en trapos y se guardó en un cajoncito que se clavó cuidadosamente, rodeándolo de tela impermeable. Porfirio vigilaba aquella operación como lo hubiera hecho si se tratara del amortajamiento de su propio hijo, viendo con tristeza que el agujero que al pie de un muro abría Pancho iba á guardar aquellas insignias que adoraban todos los soldados y que recordaban tantos sacrificios y tantas muertes. Aquellas flámulas que habían alegrado las almas mezclando su color verde al verde de los campos, el rojo á las nubes rojas con que el sol se pone y el blanco á la nieve inmaculada de las montañas; aquellas banderas que seguían los soldados como lábaro de gloria y que los porta-estandartes habían salpicado con gotas de su sangre y con trozos de sus entrañas; aquellas banderas acribilladas á balazos, destro-

zadas unas por el tiempo, flamantes otras y con su águila rapaz coruscante de oro, yacían allí inertes, solas, muertas, metidas dentro de un ataúd, encerradas á dos palmos de la superficie del suelo. ¡Dios quisiera que resucitaran al tercero día, llenas de gloria y de majestad, como había resucitado el Cristo!

Midieron el trecho que separaba de la pared el lugar donde reposaban aquellos despojos, que podían todavía salir á inflamar muchedumbres y á electrizar pechos patriotas, y se alejaron con la tristeza pintada en el semblante.

Seguían oyéndose ruidos periódicos. Unas veces eran cercanos, otras distantes, pero todos entristecedores. Los polvorines se destruían, las piezas de artillería volaban, los fusiles se hacían pedazos, todo indicaba destrucción y desconsuelo. Los soldados corrían ya sin uniformes, por las calles llenas de escombros; abandonaban las manzanas que habían defendido palmo á palmo; trataban de alejarse para no ser conocidos como de la gente sitiada. En las casas solas se proveían de tocados y de trajes, y por las calles corrían doctos sombreros de teja, discretas sotas, altos sombreros de copa, honradas chaquetas, elegantes pantalones y levitas y fraques ceremoniosos, todo en la cabeza, en los hombros ó en las piernas de los pobres indios hambrientos, que buscaban manera de apacentar á la bestezuela del cuerpo, antes quieta, pero furiosa ahora como fiera desencadenada.

Los jefes habían cumplido con la orden de presentarse en el atrio de la Catedral y en el palacio del Gobierno; sólo Gagern, el testarudo y heroico Gagern, un alemán que á raíz de la Reforma había tratado de establecer una escuela en que se enseñara el más puro jacobinismo (otros decían que el ateísmo *por principios*), trató de salir al frente de su batallón. Fué cogido en el primer puesto francés.

A las cinco y media, Miguel fué visto por el general Mendoza, que le tenía presente por la conferencia del día anterior.

— ¡Pst, pollo!... ¡usted, capitán! Se le necesita; venga usted acá.

Acudió Miguel y se encontró á Ortega vestido de uniforme; Loera, el secretario del Cuartel maestro, ponía sellos y cubiertas á unas cartas; la luz estaba encendida todavía, y en ella calentó el lacre con que se había de cerrar la correspondencia.

Salió Miguel á toda prisa y llegó sin obstáculos al cerro de San Juan; en ese instante tocaban á parlamento las cornetas de la plaza y se enarbolaban banderas blancas en el Palacio y en la Catedral. Cuando Forey leyó la carta de Ortega, la pasó á un grupo de generales que comentaban la actitud de la plaza.

— Ved, señor general Bazaine, qué hermosa carta de Ortega.